

Para los que me contaron la historia.

Ana, que contrató las vaquillas.

Segundo y Luismi, chófer y médico de la ambulancia.

Y para Villa, que lo sabe todo de Caboalles.

LAS VAQUILLAS

Armando Murias Ibias

Todos los que siguieron de cerca la historia lo mantienen con firmeza. Aseguran que, cuando Adelina salió al prado para colgar la colada en el tendal, el color de la ropa que iba a tender fue la causa principal de que la vaquilla la embistiera.

El sol acababa de atravesar el cenit de la esfera, pero en aquel mes de agosto todavía quedaban muchas horas de luz y de calor para secar la ropa recién lavada. Además, el viento, que se arrastraba con la perezosa indolencia que ofrece el verano, también ayudaba en el secado.

Adelina se acercó al alambre de acero inoxidable que sujetaban dos postes de madera agrietados por el paso del tiempo y por las inclemencias de un cielo inmisericorde. En una punta clavada en uno de ellos colgaba una bolsa de cuadros donde tenía recogidas las pinzas. Se la puso en la muñeca izquierda y comenzó a tender la primera prenda, una toalla azul oscuro que

© PEÑA TAURINA FÉLIX RODRÍGUEZ

Agradecemos la autorización prestada por D. Juanjo Palazuelos,
Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez de Santander
para la publicación de este relato en <http://caboalles.wordpress.com/>

empleaba su hijo menor para secarse en el cuarto de aseo del pozo minero donde estaba a punto de prejubilarse.

La vaquilla mostraba un aspecto escuálido. Afirman los que la vieron que parecía la sombra de una ilusión que se mantenía en pie a duras penas, aunque sólo el dueño conocía su valentía, su fuerza para evadirse de las situaciones más comprometidas. Maleada por la triste experiencia de trotar por las calles de los pueblos detrás de los mozos, hastiada de pasar horas hacinada en el camión del transporte, logró zafarse con facilidad de la senda vallada que debía seguir durante las fiestas estivales en el pueblo cercano, seguida de otra que también daba muestras fehacientes de rebeldía. Se colaron por una grieta que se había producido momentáneamente entre la caja del camión y las primeras empalizadas.

La casa de Adelina ocupaba una finca en la parte alta del pueblo, dormido en el cálido sopor de la siesta y ajeno a los festejos del pueblo vecino, del que tan sólo un regato hacía de límite. Hundidos entre la vegetación que los asalta, los dos pueblos parecían un lagarto adormilado con escamas negras como la pizarra que cubre los tejados.

Acostumbradas al barullo con el que los festejos inundan las calles, aquella tarde las dos vaquillas –nada más abandonar el camión de transporte que hacía las veces de chiquero- corrieron lo suficiente para conquistar la dosis de silencio y libertad que creían merecer. Esta idea, clavada en la parte más blanda de sus testas, les dio las fuerzas necesarias para trotar en la huida hacia lo desconocido porque sus ojos ansiaban disfrutar de un paisaje bucólico, orlado de todos los colores que puede ofrecer una Naturaleza pródiga.

© PEÑA TAURINA FÉLIX RODRÍGUEZ

Agradecemos la autorización prestada por D. Juanjo Palazuelos,
Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez de Santander
para la publicación de este relato en <http://caboalles.wordpress.com/>

Tampoco se olvidaron del paladar y del olfato en su conquista de la felicidad. Sin mucha dificultad saltaron murias para comer la hierba de algunos prados, y estaban a punto de rumiar lo tragado bajo la sombra del árbol más tupido cuando la que dirigía la pareja de intrépidas fugitivas vio algo que le llamó poderosamente la atención: por encima del verdor agostado de un prado cercano colgaban colores de diferente tamaño, todos llamativos.

Una leve brisa movía con discreción los reclamos cromáticos. Mientras la mayor se tumbó en la placidez de una sombra que le pareció idílica, la más joven alzó un poco más la cabeza para contemplar con más perfección lo que ondeaba exclusivamente para ella, las señales que la estaban citando con sus colores y tamaños. No quedó contenta con la visión que le ofrecía el lugar y se acercó con la curiosidad que caracteriza a todos los osados para oler y restregarse entre aquellas tinturas textiles, inauditas para ella.

El avance hacia la meta quedó truncado cuando su mirada chocó contra la de Adelina, no menos cargada de curiosidad. La fuerza de los ojos fueron capaces de establecer una conversación sin palabras, y las dos partes entendieron que debían mostrar sus opiniones en aquel diálogo.

La mujer nunca había visto una vaca tan fea y desgarrada, tan distinta a las otras que pastaban por los prados y brañas del pueblo, y así se lo hizo saber con unas exclamaciones que cualquiera podría considerar que se acercaban al insulto. El animal, más estoico - a pesar de que no fuera consciente de poseer tal cualidad- respondió con un mugido de protocolaria bienvenida. Después hubo un silencio quieto que terminó con la paciencia de la abuela vestida de luto, que le arrojó las únicas dos piedras que encontró, aunque sin alcanzar el objetivo marcado.

© PEÑA TAURINA FÉLIX RODRÍGUEZ

Agradecemos la autorización prestada por D. Juanjo Palazuelos,
Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez de Santander
para la publicación de este relato en <http://caboalles.wordpress.com/>

Posteriormente, Adelina –que, a pesar de la edad, todavía daba muestras de la exaltación romántica de su juventud nunca olvidada- agitó los brazos para intentar sacar alguna respuesta de aquel esperpento con cuatro patas y dos cuernos.

La vaquilla no lograba entender muy bien el significado del mensaje textual, ni tampoco el de los gestos que se atenían a un código internacional de señales mímicas, pero cuando Adelina empezó a mover con la mano derecha la camiseta roja de su nieta Vanesa que iba a colgar en ese momento en el tendal, llegó al convencimiento de que la estaban llamando y tentando.

Aceptó el reto.

Bajó la cabeza zaina hasta sentir la caricia verdosa de las hierbas en la parte más sensible de la barbilla. El olor del prado recién segado quedó adherido a la mucosa nasal en un recuerdo que difícilmente podrá desaparecer. Resopló en repetidas ocasiones para ventilar los pulmones y oxigenar el flujo sanguíneo, así aumentó la producción de los glóbulos rojos necesarios para obtener un mayor rendimiento en la actividad aeróbica que iba a iniciar. Un instante después concentró toda la fuerza adolescente que reservaba para las mejores plazas por las que había corrido, y comenzó la embestida.

Adelina, con la camiseta roja de Vanesa entre las manos y con una pinza entre los escasos dientes que le quedaban, dudó unos instantes lo que sería más conveniente hacer, los suficientes como para que el bicho llegara a dos escasos metros de la abuela, que bajó el trapo de moda adolescente a los ojos del atacante en un vano intento de detener la ira del rumiante corre caminos.

© PEÑA TAURINA FÉLIX RODRÍGUEZ

Agradecemos la autorización prestada por D. Juanjo Palazuelos,
Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez de Santander
para la publicación de este relato en <http://caboalles.wordpress.com/>

La embestida fue brutal.

Adelina trazó una atrevida pirueta acrobática en el aire que estuvo cercana a ser una circunferencia perfecta. Y en el salto sobre sí misma todavía tuvo tiempo suficiente para lanzar un grito agudo y tan desesperado que despertó de la modorra estival en la que estaban sumidos su hijo y nuera en el tresillo del salón de la casa.

Los dos se asomaron, malhumorados, a la ventana para contemplar al autor de aquel alarido que osaba romper el sueño tan reparador de la siesta dominical. Por un momento pensaron que lo que estaban observando formaba parte del irreal mundo de los sueños que acababan de abandonar. Se miraron aturcidos, sin entender nada, y bajaron las escaleras con el convencimiento de que la brisa del exterior les serviría para espantar de una vez aquel sueño desquiciado. Quizá albergaban la esperanza de que la hiriente luz del sol les pudiera quitar de la cabeza la imagen que acababan de contemplar.

Pero desgraciadamente no fue así.

Los dos combatientes permanecieron estáticos en el campo de batalla a la espera de una nueva acción. La vaquilla había adoptado una pose erguida y orgullosa, con la camiseta roja de Vanesa tapándole el flequillo y una parte del cuerno izquierdo. Adelina, por el contrario, estaba abatida en el suelo con las enaguas cubriéndole la derrota en su cara. Cuando oyó que los pasos se acercaban, se sintió protegida y sólo entonces comenzó una jaculatoria de ayes lastimosos que horrorizaron todavía más a los que acaban de llegar.

La vaquilla entendió que la fiesta se había terminado y regresó con su compañera, que elevó un ligero mugido de satisfacción que podría significar el excitante sabor de la libertad recién conquistada.

© PEÑA TAURINA FÉLIX RODRÍGUEZ

Agradecemos la autorización prestada por D. Juanjo Palazuelos,
Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez de Santander
para la publicación de este relato en <http://caboalles.wordpress.com/>

El matrimonio ordenó las ideas con rapidez y se distribuyeron el trabajo a la perfección. Él se ocupó de la parte humana y ella de la logística.

Los primeros en acudir, gracias al alcance fulgurante de la telefonía móvil, fueron Vanesa y su círculo de amistades en una tarde de domingo. La propietaria del trapo rojo no intentó enfrentarse con la que rumiaba su aventura, pero le increpó con un vocabulario excesivamente jergal el precio de la prenda, la singularidad de su marca comercial y el espacio tan especial que le tenía reservado en su ropero, un discurso completamente inútil porque la vaquilla no se dio por aludida.

Después de observar con gran decepción que el animal no obedecía ninguna de las alocadas órdenes que les daban los que se arremolinaban en el prado del tendal, los más jóvenes optaron por organizarse en algo similar a lo que algún entendido dijo que se parecían a las falanges romanas. Formaron una piña y lograron poner en fuga a los dos animales, que empezaron su huida hacia el cercano monte de La Devesa.

Pocos minutos después llegó la ambulancia de la Cruz Roja, con una dotación de conductor y médico, vecinos ambos del pueblo de los festejos, que fueron recibidos con silbidos entre un público indignado. Bastantes de los presentes debieron de entender que también eran responsables de la faena de las vaquillas.

El médico, nieto de torero, se armó de valor en aquel hostil ruedo de hierba húmeda y silbidos de reproche por parte de un público demasiado exigente, y después de un breve reconocimiento pudo certificar la rotura de cadera de Adelina, que continuaba tendida en el suelo con su retahíla de lamentos diabólicos.

© PEÑA TAURINA FÉLIX RODRÍGUEZ

Agradecemos la autorización prestada por D. Juanjo Palazuelos,
Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez de Santander
para la publicación de este relato en <http://caboalles.wordpress.com/>

Cuando llegó el Benemérito Cuerpo de la Guardia Civil, la víctima ya iba camino del hospital, cincuenta kilómetros por la carretera que va río abajo. Un coro desacompañado de voces trató de dar su versión de los hechos, cada vez más distorsionados, a la autoridad competente. A la pareja uniformada no le quedó más remedio que ir contrastando las voces histéricas que ya hablaban de muertos y otros más corneados por asta. En un corro aparte, los más entendidos en la fiesta nacional dilucidaban sobre el trapío de las diferentes cuadras, aunque no les quedó claro si en este caso se trataba de mihuras o victorinos. Al final de la sesión informativa, lo único que permaneció claro para los que portan el tricornio es que las bestias habían huido para perderse en el monte comunal del pueblo.

El de mayor rango en la pareja charolada hizo repaso de sus conocimientos estratégicos ante una eventual invasión de tropas enemigas, y concluyó con la seguridad de un comandante en jefe que debían pedir refuerzos armados que incluyera una partida de armamento de precisión.

El público, mayoritariamente femenino, reclamaba una operación relámpago que cogiese al enemigo por sorpresa. Argumentaban que no se podía perder ni un segundo en la operación de acoso y derribo de los asesinos astados.

-¡Que usen las pistolas!

-¡Eso! ¡Eso! ¿Para que las queréis?

-¿Os faltan huevos? Pues déjamela y ya verás lo que hago yo con ella –
dijo una de las vecinas más arremangadas.

-Así está este país. Hay que tragar de todo. ¡Inútiles!

© PEÑA TAURINA FÉLIX RODRÍGUEZ

Agradecemos la autorización prestada por D. Juanjo Palazuelos,
Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez de Santander
para la publicación de este relato en <http://caboalles.wordpress.com/>

-¡Silencio! Aquí el mando lo tengo yo, que para eso represento a la autoridad, y más ahora, en tiempo de crisis –pudo oírse entre el tumulto al número del Benemérito Cuerpo que parecía tener más edad.

El guardia civil, que se había calado el tricornio como si fuera el casco de combate antes de saltar sobre las trincheras enemigas, logró imponerse sobre la tropa de aldeanos y consiguió el respeto y el silencio que tanto ansiaba. Los arengó con una vehemencia similar a la que empleaba su capitán en la festividad de la santa patrona del Pilar. No se olvidó de incluir los términos *valor, coraje, autoridad al mando jerárquico, disciplina ciega y unidad*, entrelazados con otras palabras -también bellas, aunque huecas- que recordaba ver impresas en la revista oficial del Cuerpo.

En su huida hacia la búsqueda de unos pastos que nunca habían visto ni oído, las vaquillas se toparon con una sorpresa aún mayor y más placentera. Estaban pisando la vía abandonada del tren minero. Les sedujo sobre todo el brillo interminable de los dos raíles, alzándose por encima de traviesas y balastro. Acostumbradas a trotar tras los mozos por calles adoquinadas o asfaltadas, aquel era, sin duda, un camino diferente, infinito, abierto, silencioso, muy lejos de los golpes y los insultos con los que una muchedumbre ebria y ansiosa de emociones las vilipendiaba por todos los pueblos y aldeas de la península. Y por el camino acerado se adentraron, guiadas únicamente por el azar y la curiosidad que da la osadía.

Efectivamente, tras la llamada de auxilio, la Guardia Civil recibió los refuerzos que el mando estimó necesarios. El capitán consideró que aquello no era guerra abierta, era la temida guerra de guerrillas, y alguno de los presentes se estremeció cuando se le pasó por la cabeza el recuerdo de los maquis.

© PEÑA TAURINA FÉLIX RODRÍGUEZ

Agradecemos la autorización prestada por D. Juanjo Palazuelos,
Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez de Santander
para la publicación de este relato en <http://caboalles.wordpress.com/>

Provistos con rifles de mira telescópica, los miembros de las fuerzas del orden avanzaron sigilosos hacia donde barruntaban que se emboscaban agazapados los insurgentes. Detrás de ellos, tímido y curioso, se movía un pálido pelotón de aldeanos, porqueros, amas de casa, brañeros, tenderos, deseosos todos de sentir en su cuerpo la heroicidad que les negaba el tedio cotidiano.

Un poco más abajo, allende el regato que marca la linde, el pueblo que disfrutaba la festividad de su santo patrón seguía divirtiéndose azuzando las vaquillas que corren por unos callejones. Sólo el dueño y algún organizador habían notado la falta de los dos animales, y estaban tratando de localizarlos con el mayor sigilo posible.

Pero el rumor de la horrible matanza en el pueblo vecino corrió de boca en oreja con la velocidad de un galgo y dejó con la sonrisa helada a casi todos. Las mujeres recogieron a los niños en las casas ante la eventualidad de que las fugitivas atacaran por la retaguardia. Los hombres fueron abandonando con discreción los tableros desde los que se protegían de las que corrían tras los mozos más atrevidos. Éstos fueron los últimos en enterarse, y al final optaron por dejar a los astados solos.

Enseguida las ventanas de las casas y los bares se llenaron de gente ansiosa de conocer las últimas noticias del desgraciado accidente. El uso de los teléfonos móviles sólo contribuyó a crear más confusión y a difundir las exageraciones con mayor celeridad.

La alarma creció aún más cuando todos los vecinos contemplaron el paso meteórico de la ambulancia por la mitad del pueblo de regreso hacia donde había aparecido el cuerpo dolorido de Adelina. Llevaba encendidas las

© PEÑA TAURINA FÉLIX RODRÍGUEZ

Agradecemos la autorización prestada por D. Juanjo Palazuelos,
Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez de Santander
para la publicación de este relato en <http://caboalles.wordpress.com/>

luces de urgencias y su sirena aullaba con la desesperación de un moribundo. A nadie se le escapaba –incluso a los más optimistas- que acababa de dejar los primeros cuerpos (quizá lisiados, despedazados, corneados) en el hospital y que vendría a por más damnificados. Después de su paso por la carretera que lleva al lugar del accidente hubo un silencio inquietante.

Dicen los más viejos que las desgracias nunca vienen solas.

Otro rumor avanzaba con la fuerza creciente de un alud: se necesitaban ríos de sangre. A pesar de la ancestral enemistad que diferenciaba a los dos pueblos, había un bien común que unía a los dos pueblos mineros: la solidaridad.

La casa del médico se llenó de una hilera de vecinos dispuestos a donar el bien máspreciado que circula por las venas. El propietario de la plaza de atención primaria, ajeno a los ritos festivos de sus pacientes, todavía estaba disfrutando de la sobremesa con unos amigos y colegas que habían recalado en su casa en el camino hacia donde se refugian los urogallos y los osos. El médico titular salió a la puerta para conocer la causa de la inesperada visita y después de una llamada telefónica tuvo que convencerlos de que volvieran a sus casas porque no había ninguna emergencia sanitaria, pero el pueblo se resistió -incluso estuvo a punto de amotinarse- porque quería colaborar con su sangre en la resolución de aquella desgracia a sus vecinos. Alguna voz acusó al médico de insensibilidad y otra de frívolo por no atender sus peticiones.

Todos los prados, fuentes y algunas partes del monte fueron rastreados en busca de alguna víctima más, pero los ocupantes de la ambulancia llegaron al convencimiento de que Adelina había sido la única perjudicada por el ímpetu de una vaquilla que todavía se hallaba huida, en compañía de otra insumisa.

© PEÑA TAURINA FÉLIX RODRÍGUEZ

Agradecemos la autorización prestada por D. Juanjo Palazuelos,
Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez de Santander
para la publicación de este relato en <http://caboalles.wordpress.com/>

Por otra parte, un número creciente de vecinos seguía los pasos de la Guardia Civil en la búsqueda y captura de unos animales que se resistían más de la cuenta. La autoridad alegaba que era imposible hacer diana en un blanco que se movía con la agilidad de una garduña y se mimetizaba con la facilidad de un camaleón.

Algunos vecinos empezaron a desconfiar de la efectividad del Benemérito Cuerpo, y actuaron por su cuenta. Colás, el cazador furtivo más experimentado, puso lazos traidores por los pasos donde se tenían que mover los bichos. El Cuco aportó una soga para mostrar sus habilidades en la domesticación de animales salvajes. Otros paisanos, menos especializados en las labores del rodeo o de la caza, simplemente voceaban para espantar aún más a los animales, que empezaban a notar la falta de luz de un día que se agotaba, igual que sus fuerzas.

Cuando el día empezaba a caer, de entre la turba de vecinos salió silencioso Nemesio con un cesto de mimbre en la mano derecha y una bolsa de plástico en la otra. Sepultado bajo el peso ancestral de una boina heredada, con una colilla apagada entre los labios, al lado de la comisura izquierda, calzado con unas zapatillas de cuadros que sólo tapaba con unas madreñas, se dirigió hacia donde se suponía que estaban las vaquillas. Expulsó de sus labios la colilla ya agotada, posó el cesto de mimbre a su diestra, al lado de la bolsa de plástico, a continuación escupió en ambas manos, levantó la cabeza en un intento de captar el aroma de los vientos y emitió unos sonidos que no se podría decir con precisión si eran los lamentos de un alma en pena o los ladridos ahogados de un perro desnortado. Esperó con expectación a ver los

© PEÑA TAURINA FÉLIX RODRÍGUEZ

Agradecemos la autorización prestada por D. Juanjo Palazuelos,
Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez de Santander
para la publicación de este relato en <http://caboalles.wordpress.com/>

resultados. Repitió los sonidos varias veces más. Solo, en mitad del prado, siguió esperando algún efecto.

Fue entonces cuando algunos vecinos, hastiados del fracaso de la operación de captura, se fijaron en la insignificante figura de Nemesio. Hubo voces que le recriminaron al decrépito anciano su actitud atolondrada, contraria al quehacer general, negativa para el bien común.

Las voces de protesta callaron cuando vieron aparecer las dos bestias astadas caminando con mansedumbre hacia el centro del prado, donde estaba Nemesio. Todos se apartaron para hacer un pasillo porque ninguno deseaba entorpecer la labor del anciano. Con la mano izquierda les ofreció lo que llevaba en la bolsa de plástico. Los animales comieron la sal que les ofrecía aquella mano tan generosa, y Nemesio usó la derecha para coger el cesto, que encasquetó en la cabeza a la que mostraba sus dotes de mando.

El animal quedó ciego momentáneamente por el cesto que le atravesó los cuernos. Detrás, la novicia reclamaba otra ración de sal con un mugido de mansedumbre y agradecimiento. En medio, encorvado y achacoso, ajeno a toda épica taurina, Nemesio les dio la espalda y encendió un nuevo pitillo de picadura. En los lados, el pueblo abría los ojos hasta rasgárselos, poco después rompió en aplausos. Arriba, la bóveda celeste encendió el farol de la noche para alumbrar la faena.

Sólo los que estaban más cerca pudieron observar con detenimiento que en la cara del anciano se dibujaba un rictus de satisfacción, idéntico al que mostraba la faz de la luna, repleta ya de luz.

© PEÑA TAURINA FÉLIX RODRÍGUEZ

Agradecemos la autorización prestada por D. Juanjo Palazuelos,
Presidente de la Peña Taurina Félix Rodríguez de Santander
para la publicación de este relato en <http://caboalles.wordpress.com/>